

Felipe Roblero

Carne vidente, carne visible

Vectores para pensar el lugar del cuerpo en Merleau-Ponty¹

Tal como lo anuncia el título, este trabajo busca reflexionar no tanto respecto al cuerpo sólo, sino también el lugar que este ocupa en el pensamiento de Merleau-Ponty, particularmente en su obra *Lo visible y lo invisible*.

Mi interés por esta reflexión proviene principalmente debido a que este lugar particular que recibe el cuerpo, permite poner de relieve dos focos problemáticos que pueden ser vueltos a pensar, en pos de dar perspectiva a algunos elementos en los que la tradición filosófica se ha mantenido divagando. En palabras del autor, permiten tematizar “experiencias que aún no hayan sido trabajadas, que nos ofrecen a la vez, desordenadamente, el sujeto y el objeto, la existencia y la esencia, y le dan entonces los medios de redefinirlos” (p.119).

El primer tema que presentaremos como relevante a la hora de considerar el cuerpo tiene relación con la percepción, al cuerpo en tanto lugar en el que esta se instancia. Para ello la experiencia de la visión juega un rol significativo. Merleau-Ponty constata: “Lo visible alrededor de nosotros parece descansar en sí mismo” (p. 119), fundando el problema

de la percepción en una evidencia. Es decir, en esta experiencia perceptiva se constata la presencia corpórea de las cosas, están ahí y parece que podemos acceder a ellas en una intimidad tan estrecha como la del mar y la playa. Pese a ello, este vínculo estrecho nunca será apropiación total de la cosa, lazo entre un vidente vacío que se abre, se apropia totalmente de la cosa. Tal como entre el mar y la playa, hay contacto entre superficies diferentes, relación de texturas que no pasa a ser fusión, sujeto y objetos fundidos en una relación de identidad.

Se explicita la experiencia perceptiva con el mundo en un juego de líneas, bordes o texturas, es decir, juego de presencias. El cuerpo estesiológico [*esthésiologique*], como fundamento de la percepción, debe ser concebido al pie de la letra: “corporeidad estesiológica”, precipitación, siempre inminente, como veremos más adelante, de mi presencia y la del mundo. Con ello, toda alusión a un vacío que aprehende su exterioridad pierde sentido. “Si nos concentramos en el vidente, comprobaremos que esto no es analogía o vaga comparación, [...] La mirada, decíamos envuelve, palpa, abraza las cosas visibles” (p. 121). Volviendo al título del trabajo, el cuerpo mío participa del cuerpo de las cosas, tiene lugar en aquella relación. Con esto se explicita, en la mirada, lo que parece evidente en el tacto, por ende, este es de especial relevancia en el argumento que trabajamos. Es en la experiencia táctil donde el inter-juego de superficies constata la paradoja de la percepción, sacando a luz la aparente dualidad entre un cuerpo perteneciente al orden del objeto y otro al orden del sujeto.

¹ Este texto es parte del proyecto Fondecyt n. 1160479.

Ya en el tacto acabamos de encontrar tres experiencias distintas que se sustentan mutuamente, tres dimensiones que se entrecruzan pero son distintas: un tacto de lo liso y de lo rugoso, un tacto de las cosas - un sentimiento pasivo del cuerpo y de su espacio - y finalmente, un verdadero tacto del tocar, cuando mi mano derecha toca a mi mano izquierda palpando las cosas, por el cual el sujeto que toca pasa al rango de tocado, desciende a las cosas, de manera que el tacto se hace desde el medio del mundo y como en ellas [*Déjà dans le «toucher», nous venons de trouver trois expériences distinctes qui se sous-tendent, trois dimensions qui se recourent, mais sont distinctes: un toucher du lisse et du rugueux, un toucher des choses - un sentiment passif du corps et de son espace -, et enfin un véritable toucher du toucher, quand ma main droite touche ma main gauche en train de palper les choses, par lequel le «sujet touchant» passe au rang de touché, descend dans les choses, de sorte que le toucher se fait du milieu du monde et comme en elles.*] (*Lo visible y lo invisible*, p. 122 [170]).

Ahora bien, este modelo táctil de la percepción es análogo al de la visión, en tanto los movimientos de mis manos actúan tal como el de mis ojos; “toda experiencia de los visible siempre me fue dada por el contexto de los movimientos de la mirada, es espectáculo visible pertenece al tacto ni más ni menos que las cualidades táctiles” (p. 122). Es así como se hace necesario evidenciar que estas tres experiencias simultaneas (mencionadas anteriormente) que obtienen presencia en lo táctil también se producen en el polo vidente-visible. Esto es, el cuerpo en la percepción está en acto constante, produciéndose una experiencia que entrelaza de modo simultaneo su condición de sujeto y de objeto.

El cuerpo nos une directamente a las cosas por su propia ontogénesis, soldando entre sí los dos esbozos que lo componen, sus dos labios: la masa sensible que él es y la masa de lo sensible de la que nace por segregación, y a la cual, como vidente, permanece abierto. Es él, y sólo él porque es un ser de dos dimensiones, quien puede llevarnos a las cosas, que no son seres chatos, sino seres en profundidad, inaccesibles a un sujeto de sobrevuelo, abiertas sólo a ese que, si es posible, coexiste con ellas en el mismo mundo. [*Le corps nous unit directement aux choses*

par sa propre ontogenèse, en soudant l'une à l'autre les deux ébauches dont il est fait, ses deux lèvres : la masse sensible qu'il est et la masse du sensible où il naît par ségrégation, et à laquelle, comme voyant, il reste ouvert. C'est lui, et lui seul. parce qu'il est un être à deux dimensions, qui peut nous mener aux choses mêmes, qui ne sont pas elles-mêmes des êtres plats, mais des êtres en profondeur, inaccessibles à un sujet de survol, ouvertes à celui-là seul, s'il est possible, qui coexiste avec elles dans le même monde.] (pp. 123-124 [173]).

La posibilidad de apertura que presentan estos seres en profundidad, enfatizamos, sólo se emerge en participación y coexistencia entre las texturas de mi cuerpo y del mundo. Volvemos al inter-juego entre la playa y el mar, bordes siempre en contacto inminente entre dos márgenes que contienen su propia profundidad. El lugar del cuerpo se inaugura por la proximidad de su diferencia con las cosas, en un movimiento de inmanencia con el mundo. En su consistencia como visible, se ve viendo, brotando como “mí-mismo” en contraposición a otros visibles, entrelazado al mundo produce de modo simultaneo su diferencia: “esa identidad sin superposición, esa diferencia sin contradicción, esa separación de adentro y afuera que constituye su secreto natal”. (p. 123)

En este sentido el cuerpo se hace un lugar en lo visible y, retomando un juego de palabras introducido por el autor, “cuando yo veo, hace falta (como bien lo indica el doble sentido del término) que la visión sea duplicada por una visión complementaria o por otra visión” (p. 122). Al verme viendo, genero falta, me pliego en contraste a objetos con una visión siempre parcial, errante, y haría falta que mi visibilidad segunda que me vuelva a situar. Asimismo, las cosas, entrelazadas a mi cuerpo, me devuelven la mirada localizándome en medio de lo visible, inaugurando cierta falta en la inmanencia e inminencia de la experiencia de Visibilidad.

Ahora bien, este movimiento de cierre inminente es el elemento que Merleau-Ponty inaugura como carne:

Es el enroscamiento de lo visible sobre el cuerpo vidente, de lo tangible sobre el cuerpo tocante, que se evidencia especialmente cuando el cuerpo se ve, se toca viendo y tocando las cosas, de manera que, simultáneamente como tangible desciende entre ellas, como tocante, las domina a todas y extrae de él mismo esa relación, e incluso esa doble relación por dehiscencia o fisión de su masa. [*Elle est l'enroulement du visible sur le corps voyant, du tangible sur le corps touchant, qui est attesté notamment quand le corps se voit, se touche en train de voir et de toucher les choses, de sorte que, simultanément, comme tangible il descend parmi elles, comme touchant il les domine toutes et tire de lui-même ce rapport, et même ce double rapport, par débiscence ou fission de sa masse.*] (p. 132 [189]).

Mi cuerpo carnal brota por dehiscencia de la carne del mundo, prepara el hueco donde se situará su visión, en él tanto identidad como diferencia participan sin implicar contradicción. Incluso, podríamos decir que el vidente queda atrapado en la diferencia, ya que en ella sólo se ve a el mismo, por ello toda visión es circunscrita en un narcisismo fundamental que sufre por las cosas. Me produzco, así, como anonimato en mi identidad, quedando situado, en tanto cuerpo, como en medio de dos espejos en los cuales se juega la visibilidad en general como experiencia de quiasmo [*chiasme*] o entrelazamiento.

Un narcisismo fundamental como constituyente de toda experiencia corporal, nos permite considerar, como consecuencia de una filosofía de la carne, un perspectivismo radical como reverso de la inmanencia perceptual. La percepción queda, en primera instancia, despojada de toda referencia a un saber y, menos, de uno total, con lo que se evitan las paradojas de la representación; no hay garante de una realidad esencialista, sino producción de identidades y diferencias que fundarían, no solo mi cuerpo, sino también mi

participación en la experiencia de un otro que se abre hacia la carne del mundo. Con ello, coincidimos con una interpretación propuesta por Evans y Lawlor en un texto llamado *El valor de la carne* (2000) “Carente de una trascendencia, este puro plano produciría sujetos como signos de presencia (no como rastros de no-presencia). Aquí, la producción de sujetos como signos ascendería a la producción de interobjetividad (no intersubjetividad)” (p. 14).